SUPERCHERIA

(CONTINUACIÓN)

VIII

Comenzaron los prodigios. El doctor paseó por delante del concurso femenino, y, mientras sondeaba rápidamente la capacidad mental de aquellos buenos señores leyéndoles en ojos y gestos los grados de necedad probable, fingióse absorto en las advertencias que de camino exponía; y por fin se detuvo ante una dama muy gruesa, que escogió muy deliberadamente, aunque cualquiera hubiera creído pura casualidad el haberse detenido ante ella el disertador. Era una rica americana que, en compañía de su marido y varias hijas casaderas, vivía hacía algunos años en Guadalajara por acompañar á su hijo único, que estudiaba en la Academia. Su voz era meliflua, y luchaba, para producirse, con la inercia de la grasa. Era un alma de Dios y de guayaba; un terrón de bondad azucarada que se disolvía en sudores, pero oliendo á perfumes.

— Esta señora, — dijo el doctor en voz baja,—me hará el obsequio de pensar... en cualquier objeto... en un animal, en una fiera... un *león, tigre, lobo, pantera... lo* que más le agrade.

La señora americana, muy sofocada, encendida y hecha un acueducto que se rezuma, consultó, entre sonrisas, la mirada de su esposo, el cual dió licencia á su mujer para pensar algo, con un gesto imperceptible para los extraños. Se movió la cándida paloma de Matanzas en su sillón, que se quejó de la carga, y al fin se puso á pensar, con grandísimo esfuerzo de atención y de imaginación, no sin asesorarse antes del doctor.

—¿Dise uté... que en un animal?...

—Sí, señora: en una fiera, en un león, un tigre... cualquier cosa...

—¡Sí, sí: etá bien, etá bien!

—¿Está ya?

—Pue sí, señó: ya etá.

Foligno preguntó, de lejos, á la sonámbula, en qué pensaba aquella señora.

—En un animal,—respondió una voz perezosa, suave y dolorida.

Aquel «en un animal» le sonó á Serrano á canto elegíaco de una esclava que llora su servidumbre vergonzosa.

Lo que *aun* no le habían dicho aquellos ojos que habían vuelto á cerrarse sin reparar en él, se lo decía aquella voz, que recogió como si fuera para él solo, como si fuera una caricia honda, voluptuosa, franca; algo semejante á la sensación de apoyar ella su cuerpo, y *hasta el alma* en él, sobre su pecho.

—¿En qué animal, en qué clase de animal piensa esta señora?

—En una fiera.

La señora, que efectivamente pensaba en una fiera, á tanto se había atrevido, abría los ojos mucho y apartaba la luz, temerosa de que por allí se le escapara el secreto de su meditación. Cada vez se ponía más encendida: temía vagamente que aquello de ir adivinándole el pensamiento, lo cual ya le parecía inevitable, fuese algo que atentara á su pudor, algo como el que «se la viera alguna cosa» que no se debiera ver. Instintivamente apretó contra sí la falda del vestido, escondió los pies y se compuso el escote.

—Pero ¿no se podrá determinar más? ¿Qué fiera es esa?...

La sonámbula manifestaba con gestos y débiles quejidos la dificultad de la empresa.

Foligno, apretando el cerco á la adivinación, insistió en su pregunta.

Por fin Caterina dijo:

—Un león.

Así era en efecto. La americana, como si le hubieran arrancado una muela sin dolor, respiró satisfecha, libre ya de su secreto, y tuvo una grandísima satisfacción en certificar, con su insostenible testimonio, que la señora dormida había dado en el clavo: en un león, aunque no podía decir cuál, estaba ella pensando efectivamente. Toda la familia ultramarina hizo suyo el alegrón y el honor de que le hubiesen adivinado el pensamiento á la buena señora; y el público, en su inmensa mayoría, participó del asombro y de la satisfacción; inclinándose á un optimismo que Foligno cogió al vuelo, prometiéndose sacar partido de él, prudentemente. La mujer dormida también debió de oler algo en la atmósfera, que la envalentonó. Cada vez las adivinaciones fueron más complicadas, exactas y atrevidas. Lo de menos fué que dijese cuál era la carta de la baraja en que pensaba una señorita, que era efectivamente el as de oros; y en qué tenía puesto el pensamiento la señora del gobernador militar, que lo tenía puesto en sus hijos, que habían quedado en casa durmiendo. También el sexo fuerte tuvo que rendir parias, como decía un coronel, á la evidencia de lo maravilloso: á él también se le adivinaron ideas y voliciones. Había algunos incrédulos, ó, mejor, cartesianos, en lo de refugiarse en la duda provisional. El jefe de Ingenieros de Montes era de los más tercos: quería explicárselo todo por los artículos de física y química que él leía en la *Revista rosa,* y no podía. En cambio, un marqués muy buen mozo y muy fino declaró solemnemente y varias veces (y su voto era de calidad, porque muchos de los presentes le debían favores, dinero inclusive)... declaró que la Porena se había detenido, en un paseo que dió dormida, bajo la araña de cristal, ni más ni menos en el sitio en que él había *querido* que se parase; declaró, otrosí, que las iniciales de su tarjetero eran las que ella había dicho y tenían, en efecto, por adorno un pensamiento de plata y otro de oro esmaltado. ¿Se quiere más? Foligno, triunfante, huía, en sus idas y venidas, de tropezar con el cuerpo ó con las miradas del Serrano. Pero Antoñito, el primo, á quien la sonámbula había adivinado también una porción de cosas, probando á ellos algunas verdaderas maravillas de penetración; Antoñito, que ya había tenido cierta confianza con Foligno, á manera de testigo falso, le dijo:

—A ver si V. hace alguna experiencia con este caballero, que es mi primo y debe de ser incrédulo... y sabe mucho de filosofías.

Foligno se turbó un poco, tardó en contestar; pero, repuesto en cuanto pudo, se volvió á Serrano con mirada valiente, de desafío, si bien acompañada de gestos de perfecta cortesía.

—¡Oh, sí! Con mucho gusto. Pero este caballero sabrá que en los refractarios estas pruebas se hacen con dificultad. Sin embargo, ensayaremos.

Se ensayó un paseo, como el del marqués complaciente.

Catalina, con paso lento, pronta á detenerse á cada segundo, pasó cerca de Serrano, muy cerca, rozando su cuerpo con el pobre vestido blanco, con las tristes cintas ajadas, iguales que las del traje de Tomasuccio, de quien el filósofo se acordó con cariño y tristeza.

— Piense V. en un sitio determinado en que ella ha de pararse,—dijo el doctor colocándose junto al supuesto incrédulo.

A Serrano le costó trabajo fijar el pensamiento en tales nimiedades: sólo por un escrúpulo de sinceridad consiguió, con grande esfuerzo, tomar en serio aquello por un minuto y pensar en un rosetón de la alfombra, algo distante, donde *quería* que la sonámbula se detuviera.

El doctor miraba á Serrano, Serrano al doctor, ambos inmóviles. Nicolás no hizo gesto alguno. Catalina no se detuvo donde era necesario, sino dos pasos más adelante.

—¿Era allí?—pregunto el doctor con voz algo insegura.

Sin darse cuenta de lo que hacía, olvidado de Tomasuccio, de aquella mujer que le parecía cosa de sus ensueños y que todavía no le había mirado, sintiéndose ridículamente cruel y Quijote de la verdad, tal vez impulsado por su odio á la farsa y al doctor y por el tono de desafío que creyó leer en la pregunta, Serrano dijo en voz muy baja, con tono irónico y de resolución:

—¿Qué quiere V. que diga?

El doctor fingió no oirle y repitió la pregunta. Serrano, insistiendo en su crueldad, volvió á decir, ahora en italiano:

—¿Qué quiere V. que diga: que sí... ó qué?...

El doctor, como picado por un bicho, dió un paso atrás, huyendo de aquellas confidencias, de todo secreto, rechazando toda connivencia y todo favor.

—¡Oh, caballero! Diga V. la verdad, nada más que la verdad.

— Pues la verdad es que esta señora no se ha detenido donde yo quería, sino mucho más lejos.

Estupefacción y disgusto generales.

El marqués complaciente sonreía cerca del filósofo, atusándose el bigote. Daba á entender que él era mucho más galante que aquel desconocido.

En aquel momento, Caterina Porena, con los los ojos pardos abiertos, volvió á pasar junto á Serrano, pero sin mirarle *todavía.*

(Se continuará) CLARÍN

ROSAS SILVESTRES (cuadro de Fred. Morgan)

LA «GUSARAPERÍA» LITERARIA

Supongo que aquellos de mis lectores que sean amigos de la naturaleza y gusten escudriñar sus secretos, se habrán parado alguna vez, en sus paseos por el campo, cerca de alguna de esas charcas en las cuales el agua es un constante hervidero de animales microscópicos. Si

© Biblioteca Nacional de España

al fondo de la poza han dirigido el tallo que distraídos desgajaron de una rama, con el cual fueron fustigando el aire para arrancarle silbidos de zurriago, habrán visto cómo aquel líquido oscuro se puebla de millares de cuerpos asquerosos, de gusanos que viven en el agua, de reptiles que culebrean al sentirse removidos, y de una espantosa nube de gusarapos.

Del mismo modo, al caer una piedra en la charca de *literatos menores* de Madrid, suben del fondo á la superficie invasiones de gusarapos de pluma, de gusanos de la envidia, de culebras que describen su ondulación rápida ansiosas de enroscarse á un nombre ilustre, y de cuanto monstruo pequeño es engendrado en ese mundo de podredumbre.

Autorzuelos que se amparan en las genialidades inspiradas de un músico para cubrir la falta de ingenio de sus obras, autores de piezas en un acto porque no da más de sí su caletre, esclavos ridículos de toda ocasión en que colgar una frasecilla de los oídos del que escucha, filósofos de cervecería, críticos de mesa de café que tienen colocada la ilustración en cabeza ajena, descontentos de la fama, que no halló ocasión de fijarse en sus rostros; cuanta nulidad intelectual se afana por verse acariciada de la gloria, cuanto lisiado de cerebro y tullido de alma bulle y se revuelve en ese gran seno de las modernas poblaciones; sale á flor de agua, en su poza, al choque del más pequeño grano de tierra.

Estos hombres ilustres de á cinco céntimos, enemigos de todo nombre que brilla, tienen su punto de cita, cuando se aventuran á salir de su charco, en derredor de la mesa del café.

Para llegar cerca de esa circunferencia de mármol, en torno de la cual tienen su órbita de acción, necesitan librar una horrible batalla cada día.

Veamos de qué modo libran ese combate.

El gusarapo literario se levanta lo más temprano á las doce: siéntase en la cama con los estragos del alcohol en las mejillas, la voz dura y afónica, los párpados rojos de llegar á cada instante á ellos la subida de la cólera, y el cráneo dolorido de haber soportado durante la noche los saltos y brincos de las celebridades literarias. Al mirar á un lado y otro y convencerse de que no ha sido un sueño la gloria alcanzada por el último autor aplaudido, y que presente está la nueva reputación para martirio de su alma, el color pálido reemplaza en sus mejillas al rojo de la congestión del sueño, y vuelve á removerse en su cerebro el tropel de víboras que le acosa.

Pide con malos modos á su madre el desayuno. ¡Su madre!, que, engañada por un cariño inmenso, piensa que sirve á la esperanza de un grande hombre, el cual la sacará algún día de la miseria. Sorbe el gusarapo el chocolate con los ojos extraviados, como buscando allá en su interior algo con que destruir el nombre que le deslumbra, y se dispone á vestirse para ir á decir lo último que se le ha ocurrido, al café. El café tiene una atracción para él sólo comprendida por los que vienen á Madrid enviados por sus padres para perseguir una carrera, y pierden un año y otro el curso, *criticando* ó *gobernando* junto á la mesa de un café, y acaban por perderse ellos para siempre.

Hecha «su *toilette*,» se dirige como un emperador á la mesa, no á la de escribir, sino á la del comedor. Almuerza fuerte porque los estragos de la envidia necesitan reponerse con alimentos, y se pone á saborear el café, cuyo vapor aromático, al atravesar el rayo de sol que va á dar cerca de él y al tomar la bella coloración azul, le recuerda el estilo brillante de tal ó cual autor que le sirve de tormento, y en cuyo honor se desvela dos horas cada noche.

Pero no tiene cigarro para acompañar el café, y aquí empiezan las primeras señales de la lucha.

—Mamá, dame media peseta para tabaco.

La madre, que al ir á hacer la cama del hijo ha visto el rimero de puntas de cigarro que durante la noche fué aquél tirando en el suelo, se disgusta y

—Yo no puedo comprarte dos paquetes de cigarros al día,—contesta la infeliz viendo el abuso que se hace de su bondad.

—Comprenderás que no voy á tomar el café sin fumar.

—No comprendo nada: lo que que comprendo es que quieres matarme á disgustos. Cada día necesitas una peseta para tabaco, cuando no necesitas otra para café.

—Y que tienes que dármelas hoy, porque se me han acabado los diez reales que me pagaron por el artículo que escribí contra Valera diciendo que era un mamarracho.

—¡No estás tu chico mamarracho!. Más valía que te dedicaras á un oficio y no estaría yo tan matada trabajando. Por ese camino, hijo mío, por más que tú digas, yo no veo que haces mucho ruido.

—¿No has leído entonces lo que dice de mí Sánchez Pérez?

—Alguna galantería. ¿Es quizás lo que has puesto en un marco en tu despacho?

—Si lo has leído sabrás que me dice que «no sólo soy un observador poco común, *si que* también un crítico que no va en zaga al observador.»

—Pues á ver si *observas* dónde hay seis duros que necesito para echar abajo lo que queda de mes. Todos los tontos van á contar á ese señor Sánchez Pérez lo que les pasa. No hay que decir si se reirá el buen señor.

—En fin, tienes que darme una peseta para el café, y media para tabaco.

—Yo no tengo dinero ninguno que darte: ya tienes edad para ganarlo.

—Pues empeñaré la primera prenda que pille. No puedo emplear el tiempo que necesito para pensar, en reñir contigo: además, tú no conoces ciertas necesidades.

—¡Miren el hijo del marqués! Y ¿no ha dicho nada Sánchez Pérez de tu falta de vergüenza? Porque debías, si ha dicho algo, ponerlo también en un cuadro.

—En fin, déjame, que tengo que escribir un artículo contra Clarín y otro contra Salvador Rueda.

—¡Esa es otra! Cosa muy llamativa debe de ser ese Salvador Rueda cuando tú y los amigos que vienen á verte lleváis ya dos años sin hablar más que de lo que hace.

—Ese señor, mamá, no hace nada que valga un comino: tú no entiendes de eso.

—Pues Vds. bien que le llaman *maestro de escuela:* conque, si ha conseguido colocarse de maestro en una escuela (¡así pudieras tú colocarte!), no hará tan poco como dices.

—Mamá, jefe de escuela, de escuela literaria: no haces más que decir disparates.

—Jefe, ó director, lo que se ve es que el hombre no está hecho un bigardo ni un matarros como tú, que hasta soñando te he oído varias veces decir su nombre.

ADVERSIDAD (cuadro de Fred. Hall)

—Bueno: tú no tienes que meterte en mis asuntos, ¿sabes?

—En lo que tengo que meterme es en que ya llevas cinco años de Madrid desde que nos vinimos de Calahorra, con que si Clarín, y con que si Cavia, y con que si Campoamor; y lo que yo veo, hijo mío, es que no te conocen más que los amigos del café.

—Así han empezado todos.

—Pues esto es necesario que concluya.

—Sea V. un hombre de mérito para esto; dele V. brillo al apellido de la familia para que luego su madre de V. le dé este pago. La culpa tengo yo, que tiro mi talento para que no sepan apreciarlo.

Se enternece la pobre mujer y llora con ese llanto bendito de las madres, única cosa santa de la tierra. Hinchadas sus manos de lavar, sus rodillas de arrastrarse por el suelo, rendida su boca de rezar por el hijo, y su cerebro despierto aún en medio del sueño para velar por él y adorarle, solloza la infeliz despertando respeto y compasión.

En silencio saca las dos pesetas que destinaba para gastos del día, y las pone sobre la mesa midiendo con la imaginación el esfuerzo que

© Biblioteca Nacional de España

UNA BELLEZA

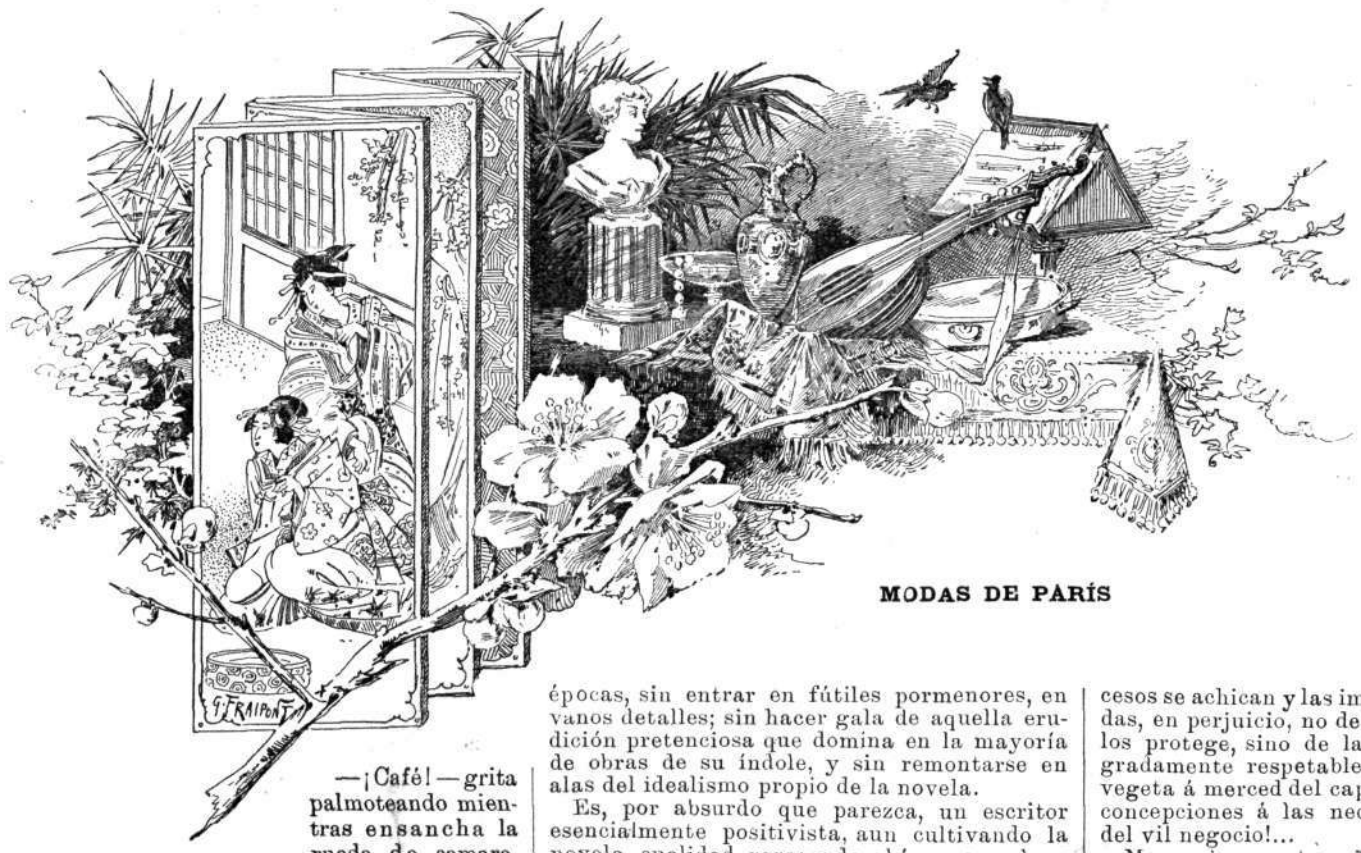
© Biblioteca Nacional de España

habrá de emplear en sacar limpia de sus manos otra nueva carga de ropa, y en lo rociado por los suelos que ha de verse su cuerpo.

El gusarapo métese la moneda en el bolsillo sin sentir más compasión por su madre que el muro en que ésta se apoya, hincha el pecho con una aspiración de aire que revela su ambición satisfecha, y, diciendo—Volveré á comer á las ocho,—se echa radiante de alegría á la calle.

Mientras camina en dirección del café va componiendo la primera frasecilla con que ha de sorprender al coro de cofrades que le aguarda.

Su llegada es un triunfo alcanzado entre autorzuelos *de ingenio en jeringuilla* y critiquillos de á cinco céntimos docena.



MODAS DE PARÍS

—¡Café!—grita palmoteando mientras ensancha la rueda de camaradas.

Cae el oloroso moka en la taza, y, á pesar del azúcar que el gusarapo hecha en el líquido, le parece amargo el café... amargo como si en él hubiera caído el llanto de su madre.

SALVADOR RUEDA

OTELO

Vuelta ya certidumbre la sospecha
en el revuelto cérebro abortada,
¡ira de Alá! se armó en daga afilada,
irreflexible, la crispada derecha.
Exenta de recelo, satisfecha
duerme, y sueña venturas la cuitada,
¡la inerme esposa! Sueña embelesada
que él, amante, con pasión la estrecha.
La estrecha, sí, y la besa, mientras ciego
de celos, rencoroso, en su nevado
seno hunde la daga damasquina.
¡Ay del celoso! Ni se ablanda al ruego
ni al postrero beso prolongado
de aquella belleza peregrina.

E. VILARET

WALTER SCOTT

ESTUDIO DE LA ÍNDOLE DE SUS OBRAS.—CRITERIO RELATIVO Á LAS MISMAS

Firmes en nuestro propósito de emitir con entera libertad el concepto que nos merecen las obras de celebradísimos escritores, sin distinción de clases ni nacionalidades, después de haber expuesto nuestro pobre criterio, nunca autorizado, referente á las obras de Víctor Hugo y Julio Verne, nos aventuramos hoy á entrometernos de igual manera entre las páginas del famoso *Cisne de Escocia*.

Basta echar mano de sus *Rob-Roy* y *Quintin Durward*, aun prescindiendo de *Ivanhoe*, para cerciorarnos bien á las claras de que Sir Walter Scott es un novelista historiador eminentemente peregrino, dotado de una gracia en exponer tan suya que, á fuer de imparciales, debemos confesar no haber en su género quien pueda entrar en parangón con él en penetrar y descifrar con más exactitud y más soltura los hechos que la historia consigna.

Reseña con pulcritud las costumbres de las épocas, sin entrar en fútiles pormenores, en vanos detalles; sin hacer gala de aquella erudición pretenciosa que domina en la mayoría de obras de su índole, y sin remontarse en alas del idealismo propio de la novela.

Es, por absurdo que parezca, un escritor esencialmente positivista, aun cultivando la novela, cualidad rara; y de ahí que sus obras lleven en cada hoja el *sello en seco* de una originalidad tan especialísima, tan acomodaticia á sus propósitos, que, á ser de otro, no podríamos en un principio resistir á la tentación de abandonar sus libros en un rincón de biblioteca, tachándolos de por excelencia pesados.

En esto estriba, salvo mejor parecer, el poder del genio: avasallar voluntades con el don de inventiva; conquistar lauros con ideas inalterables; rendir homenaje á la opinión aunque no simpaticen los caracteres del escritor y del lector, hasta aclimatarse el estilo de aquél en la mente de éste; y convertir por sistema indiferencias, dudas y críticas, en entusiasmos, convicciones y alabanzas.

Dibuja con tal precisión y pinta con tanta realidad los personajes y figuras de sus obras, que nos trasporta, como por encanto, al tiempo pasado, rejuveneciendo el espíritu, ávidos de contemplar claramente con los ojos del alma seres y cosas que se nos aparecieron siempre cual borrosas monedas de la historia.

Y, hábil paisajista, traza con su maravillosa pluma comarcas enteras en lienzos que se salen del marco, dando vida á toda especie de creaciones que merodean entre las espesuras de sus ideales en virgíneo estado.

Examina detenidamente las condiciones y cualidades de sus protagonistas, retratos rigurosamente fieles á la verosimilitud, hasta el extremo de afirmar *inter nos* que *deben* ser exactos sus tipos, aunque no *puedan* á veces serlo.

Walter Scott es acaso el único novelista que no ha dejado arrastrarse por la ficción para embellecer sus obras y atraerse las simpatías de los *noveleros*, que fundan el mérito de una novela en el *quid pro quo* falso ó exagerado del argumento. De ahí que, entre paréntesis, surjan *más novelas que novelistas*.

Como si hubiese presenciado lo que relata, Scott juzga las edades, no á su antojo, sino adoptando su criterio particular basado lógicamente en los hechos históricos.

Ni ensalza ni desprestigia, pues aunque tienda á lo último, sin cuidarse de lo primero, ajeno á su sistema, lo lleva á feliz término con delicadeza tal, que su primordial idea cubre maliciosamente á guisa de tupido velo los pecados de nuestros antepasados para aparecérsenos *in mente* más intolerables.

No es ningún modelo en galanura de estilo el autor del *Rob-Roy*, mas sirve á las mil maravillas de pauta, con su modo de desarrollar sucesos, á multitud de plagiarios, hoy tan en boga, si bien se frustran sus intentos.

Sir Walter Scott noveliza para historiar, al revés de muchos con el distintivo de *célebres* (!!), causa fatalísima de esa epidemia en la literatura contemporánea, conocida con el nombre de *novela histórica*, deduciéndose de sus funestos resultados que la *historia* pasa á ser burda *novela*.

Si el famoso *Cisne de Escocia* existiera en la edad presente y viera ultrajada la historia, venerada por él, tan... novelescamente, es indudable que otro *Quintin* acabara con esa pléyade de escritorzuelos que la manosean para desarrollar sus héroes en obras-abortos de raquítico ingenio, con el prurito de ampliar sucesos y orlar imágenes, consiguiendo que los héroes se oscurecen y ridiculízanse, los sucesos se achican y las imágenes quedan deslucidas, en perjuicio, no de sus intereses, que ello los protege, sino de la verdad intrínseca sagradamente respetable. ¡Raza miserable que vegeta á merced del capricho y que adapta sus concepciones á las necesidades ó exigencias del vil negocio!...

Mas salvemos tamaña digresión, ya que el asunto merecería artículo aparte, y... volvamos á nuestro objeto.

Realista *in partibus* el gran novelista escocés, su método refleja en las páginas de sus libros una particularidad no común, y es: que sujeta sus pensamientos y los relaciona por conveniencia con los de sus lectores, sin dejar de naturalizar los hechos, adivinando afanes que le inducen á desenvolver argumentos á su manera *hechos de molde*, los cuales consideramos á veces inconvenientes, sin ser tales, porque le sirven de puente colgante para traspasar *abismos de inspiraciones* (?) hallados á cada paso durante su incansable peregrinación á través de los nebulosos é ilimitados parajes de las edades.

Las páginas de sus novelas son regiones fértiles en descripciones amenas, verdaderas *poesías en prosa*, rebosando un no sé qué de misterioso é interesantísimo que fascina y embarga los sentidos: superfluidades ó insuficiencias que las convierte en necesidades.

La amalgama de particularidades en desorden, de pequeña magnitud á simple vista á causa de la elevación de conceptos, agigántanse merced al auxilio de los poderosos lentes del raciocinio: una obra del gran Walter es un astro que no llama la atención si no se acorta la distancia con la inteligencia; es un punto luminoso de lejos; de cerca un mundo de ideas. De modo que sus creaciones resultan mayores y mejores de lo que el autor pretendía (enteramente lo contrario de lo que acontece en los plagios de los *soi disant* novelistas walterscottianos).

Judío errante en sus caballerescas excursiones literarias, sacrifica el tiempo para llegar de avanzada al límite de sus proyectos; y, en su carrera, corta de raíz el *exoticismo* (valga la frase) del campo literario, resuelto tenazmente á novelizar para instruir, á instruir

© Biblioteca Nacional de España